



Paseo Colón abajo...

Argentina: se jubiló la arrogancia

Esta nota se escribe cuando ya los locutores anuncian, con ese dramatismo que los locutores suelen usar hasta para decir buen día, la remisión a la justicia, por Alfonsín, de todos los integrantes de las Juntas Militares que anarquizaron, descoyuntaron, entregaron, fundieron, torturaron y mataron, desde 1976 a la Argentina.

El nuevo Presidente, que asimismo promueve la persecución penal de los dirigentes de la subversión y que ha convocado al Parlamento para que apruebe en sesiones extraordinarias proyectos que penen el golpismo y la tortura, camina —puede verse— en el cumplimiento de sus compromisos. Y en la observancia de los reclamos morales más hondos de su pueblo. Esta nota se atiene, sin embargo, a una etapa anterior. Es una nota sobre los hechos sino sobre las palabras.

Siempre creí equivocado reclamar hechos y no palabras. Lo que hay que pedir son hechos y palabras que concuerden. Los hechos son la consumación de las palabras, pero las palabras son las que iluminan y humanizan a los hechos.

Hubo palabras singulares en este caudillo civil durante el día singular en que asumió el gobierno. Sentimos que no deben, sin mengua de la comprensión de la realidad, pasar sin comentario.

“Humilde servidor”

A mí por lo menos me sorprendió. Pienso que a todos. Me refiero a aquel momento del balcón del Cabildo en que, enfáticamente, puso el tono que se usa para decir “tenemos la bomba atómica” y dijo ser “el más humilde servidor de los argentinos”.

“La Argentina pudo comprobar hasta qué punto el quebrantamiento de los derechos del pueblo a elegir sus gobernantes implicó siempre entrega de porciones de soberanía al extranjero, desocupación, miseria, inmoralidad, dependencia, improvisación, falta de libertades públicas, violencia y desorden”.

Me parece ver a Raúl Alfonsín, como recogido sobre el momentáneo silencio de la multitud y sobre el eje del propio pensamiento. Raúl Alfonsín —genio y figura de orador verdadero, veterano dominador del oficio de desplegar la propia y la ajena verdad consustanciadas frente a un auditorio siempre renovado, esto es, político nato, doctorado en el arte de comunicarse con el hombre y con la mujer comunes para de ellos recibir y a ellos dar ese último sentir de lo justo colectivo que se llama política— asumía su más alto destino ciudadano. Ser el primero. Esto es, el primer servidor de los demás.

Lo dijo además hacia esa plaza de Mayo cuya memoria tiene los ecos de la voz de Perón y los aspavientos de la voz de Galtieri. La plaza hacia la cual hablaron todos los salvadores y que ahora recibía la de ese hombre común. Como si dijéramos, y de ahí el profundo sentido de las palabras de Alfonsín, quedaban clausurados los tiempos de soberbia.

Se jubilaba la arrogancia.



Se daba la baja a los enfoques presuntuosos.

Se inauguraba esa hermana gemela de la decencia que se llama modestia.

Y como la guitarra del tango (al fin y al cabo estamos en el Río de la Plata) ingresaba definitivamente al ropero esa vanidad destructiva de los que creen que por hablar más fuerte, o por insultar desde la fuerza, o por ignorar el matiz de opinión, o por arrancar la cabeza al que disiente, tienen derecho a mirarse en el espejo como si fueran San Martín. Y exigen un acatamiento sin matices.

Es curioso: siempre que la arrogancia se entroniza en algún sitio es menester que venga después la humildad de la gente común a reconstruir, como con la Alemania de Hitler, el Japón de Yamamoto o la Argentina de los sucesivos generales, la trama destrozada de la vida.

Hay que decirlo, porque la arrogancia ha sido de algún modo la epidemia común de la mayoría de los gobiernos de facto de la América Latina. En ella hay que buscar una de las causas principales del fracaso rotundo que uniformiza hasta extremos de vértigo la gestión de estos gobiernos.

La historia (y la memoria popular con sus refranes) recogerán este tiempo en que el poder fue expropiado por gente que no estaba capacitada para conducirlo. Y recordará cómo lo ejercieron de manera absoluta, dictaminando las verdades, agravando todo pensamiento o sentimiento diferente al que ellos mismos proclamaban, sin escuchar más voces que las del aplauso. Hasta terminar con los descalabradores resultados conocidos de deuda externa más grande que la geografía, caída de salario hasta menos del piso, desocupación por muchedumbres, ruina hasta del agro, retroceso de la enseñanza, menosprecio para todas las manifestaciones de la cultura excepto la física, destartalamiento de las industrias, emigración de cerebros multiplicada y proliferación de bancos y capitales extranjeros, entre otras surtidas calamidades.

Como antipoda de todo eso, este Alfonsín, que se proclama sin ambages no salvador ni conductor sino mero servidor humilde de los demás, es algo así como la restauración refrescante de las evidencias del sentido común. Esa que no advirtieron ninguno de los altos jefes entorchados que ahora el servidor humilde remite a la justicia. El sentido común que coloca la dignidad del gobernante en el mismo lugar que la dignidad del gobernado, identificación sin la cual la democracia no existe.

Y la dignidad del gobernante tampoco.

Inseguridad nacional

Los otros dos párrafos sobre los que quisiera detenerme se vinculan con la seguridad, uno, y con la información el otro.

Si vamos a hablar de democracia y si cumplimos el deber de recordar su clima (y su esencia) a las generaciones uruguayas llegadas a la preocupación colectiva en los últimos años, es menester iniciar desde ya el análisis en profundidad de lo que significan estos conceptos.

De alguna manera las generaciones del presente, más que a la confrontación de las ideas, a lo que asisten muchas veces es a las batallas de la guerra psicológica, en las cuales hasta los giros de palabras están elegidos para dar por sentado lo que habría que empezar por demostrar y generalmente no es demostrable por la simple razón de no ser cierto.

Es casi cruel, por ejemplo, recordar

ahora que el proceso que se cerró cuando Bignone abandonó, el pasado sábado, la Casa Rosada, se llamaba... “Proceso de Reconstrucción Nacional” (!). Es espantoso. Pero es así. Durante años, los comunicados oficiales aplastaron las almas y las orejas de un país entero: “Reconstrucción Nacional”. Los políticos corruptos habían deshecho la Argentina y en nombre de la teoría o doctrina o como se la llame de “la seguridad nacional”, las fuerzas armadas habían venido a “reconstruir la nación”. Y a salvarla.

De ahí que las palabras actuales de Alfonsín asuman un sentido vertical definitivo. No son contraargumentos que se oponen a argumentos. Son como lápidas que liquidan un proceso y restauran —por fin!— el piso mental por donde desplazarse, llamando a las cosas por su nombre.

No es necesario reproducir los juicios de Alfonsín sobre esa “teoría de la seguridad nacional”, derramada, Pentágono abajo, hacia los cuatro bordes de la América Latina. Ajena al genio mismo de la raza,

divorciada de todas las tradiciones jurídicas en que se asientan las libertades colectivas, esta teoría de la seguridad ha sido objeto de condena definitiva en la palabra del presidente constitucional argentino. Que empezó por recordarnos que jamás la gente de su país había vivido tan insegura y con menos seguridad que durante el tiempo en que imperó la doctrina de la seguridad. Y que no había otra seguridad nacional defendible fuera de la que reposa sobre la libertad y seguridad individuales de cada ser humano.

Verdades oficialistas

El tercer concepto que queríamos destacar de estas palabras inaugurales de Raúl Alfonsín es el relativo a que su gobierno “cumplirá con la obligación constitucional de informar al pueblo sobre lo que ocurre en el país”, y que “el cum-

“Nuncha hubo menos seguridad que bajo el imperio de la llamada doctrina de la seguridad nacional ...”

plimiento de esa obligación implica que la oficialización de la mentira, de los secretos inútiles y de las verdades a medias, ha terminado.

Nunca se insistirá suficientemente en estos puntos. Curiosamente los gobiernos de facto —en América del Sur prácticamente todos— se extienden sobre las ventajas de la libertad económica irrestricta, saltándose todo lo que esa seudo libertad implica de renunciamiento a ejercer fundamentales derechos de defensa económica nacional. Pero postergan y condicionan, interminablemente, la libertad fundamental de enterarse, de saber, de preguntar, averiguar e informar.

Cuando la democracia es puesta entre paréntesis, la ciudadanía —única dueña de sus propios destinos irrenun-

ciables— es colocada bajo la tutela auto-proclamada de quienes deciden por sí mismos dirigirla y gobernarla. Esto es: la voluntad popular deja de ser, como lo quieren todos los textos constitucionales democráticos, fuente de poder.

Pero hay más: la generalidad, y a veces la totalidad de las gentes que no participan del gobierno, pierden esenciales contactos con la información.

La suma de los datos y cifras económicos y financieros que, bajo un régimen democrático, se vierten, vía parlamentaria y vía prensa libre, en el conocimiento de la opinión general, pasa a ser sustituida por las que brinda el propio gobierno.

Me parece impecable la precisión verbal del propio Alfonsín cuando señala que ese es el momento en que los institutos dejan de ser oficiales para ser oficialistas.

En adelante, en la República Argentina, la gente tendrá derecho a conocer realmente todas las cifras de la vida colectiva, desde el número de desocupados a las reales reservas del banco central. Desde los precios que se pagan efectivamente por la carne que se exporta hasta la cifra real de los sueldos de cada categoría humana. Desde los casos de polio o de sarampión que se detectan hasta el número de presos y ubicación personal de cada uno.

Desde lo que se gasta en locomoción oficial, o en whisky en las recepciones, hasta el destino de los fondos recaudados para los planes de vivienda, los entes jubilatorios o los servicios públicos administrados por el Estado. Lo que se gasta en armas y lo que se gasta en remedios. Lo que se paga, lo que no se paga, lo que se recauda, lo que se evade, lo que se manipula y lo que se evapora.

¿Hay alguien que no entienda que ahí, y sólo a partir de ahí, comienzan la democracia, la capacidad de libre decisión de la democracia y el contralor de los agentes de gobierno por parte de la conciencia democrática de un país?

Paseo Colón

Ha sido notoria la decisión de Alfonsín de no dejar participar en las ceremonias de la trasmisión de mando, a los ex presidente militares. Ni Lanusse ni Onganía ni Videla. Ni Viola ni Levingstone ni Galtieri.

El único que de alguna manera participó fue el saliente Bignone, encargado de traspasar a Alfonsín los atributos del mando. Bignone no quedó privado de asistencia, pero quedó huérfano de abrazo.

“La oficialización de la mentira, de los secretos inútiles y de las verdades a medias ha terminado en la Argentina”.

Terminada esa limitada participación, debió retirarse de la Casa Rosada. Obviamente no salió de la misma por la puerta grande.

Esta nota termina reparando que tampoco salió por la puerta chica. Es decir, por la más o menos anónima que da al costado sur y que era la prevista. Al golpe de vista, Bignone salió de la Casa Rosada (y de la historia) como un evaporado. Estaba, y un momento después, no estaba.

La verdad es que razones de seguridad —de doctrina de seguridad, diríamos— aconsejaron sacarlo por un tercer postigo, pequeño, que da a Paseo Colón. Sí. Donde van los que tienen perdida la fe...

Los hombres, se sabe, nos apiadamos a veces.

Pero la historia nunca.



Manuel Flores Mora

